

La filosofía de la infancia de Walter Benjamin

Walter Benjamin's Philosophy of Childhood

Alejandro Fielbaum S.
Universidad de Chile
Chile

Resumen

El ensayo articula las reflexiones que Benjamin, en variados textos, expone sobre la infancia. El autor resalta la experiencia infantil por su capacidad de transmutar los objetos, otorgándoles un uso contrario al corriente, pudiendo tal desfiguración incluso alcanzar la propia identidad. Por ello, en la infancia se alojaría cierto carácter destructivo, a partir de cierta fidelidad al objeto que permite su rescate ante todo evolucionismo. Desde allí se concluye, a partir de ciertos comentarios de Agamben y Didi-Huberman, en torno a la infancia como imagen de la inventiva capaz de recuperar justamente lo ido y de anunciar la diferencia por venir.

Palabras clave: Walter Benjamin, infancia, experiencia, filosofía de la historia.

Abstract

The essay articulates Benjamin's reflections about childhood, expounded in diverse texts. The author highlights the childhood experience for its capacity to transmute objects, giving them a use contrary to the expected, a disfiguring that can even reach the identity of the self. Therefore, a certain destructive character resides in childhood, starting from a kind of fidelity to the object that permits its rescue from evolutionism. Based on certain comments by Agamben and Didi-Huberman, conclusions are reached about childhood as an image of creativity that is able to recover exactly what has gone and announce the difference to come.

Key word: Walter Benjamin, childhood, experience, philosophy of history.

*Porque el idioma de infancia
es un secreto entre los dos*

A Mariana Elena Walsh, *in memoriam*

Son escasos los pensadores que gozan de tanta actualidad como Walter Benjamin. Precisamente a propósito de su preocupación por lo inactual en la historia y su presentación en distintas esferas del quehacer político y cultural, durante las últimas décadas su nombre se ha emplazado dentro del canon crítico de los distintos espacios de las humanidades. En otro momento hemos intentado rastrear tales procesos, que aquí sólo podemos indicar someramente para pasar a cuestionar la escasa fidelidad que tales lecturas suelen poseer para con el gesto benjaminiano de pensar miniaturas antes que resúmenes, y gestos antes que nombres. Así, abundan los textos sobre las formas en las que Benjamin articula torciendo los tradicionales conceptos de tiempo o presencia en los cuales se ha jugado la tradición sobre la filosofía de la historia, pero siguen escaseando –pese a notables ejemplos, huelga decirlo– los que aspiran a rastrear cómo aquello se expresa en los análisis concretos de Benjamin en lo que podríamos denominar como los detalles de su pensamiento. Es por ello que aquí nos interesa seguir una cuestión que resulta, en sus textos, cuantitativamente menor pero filosóficamente central. A saber, la que guarda relación, imprecisamente, con lo pequeño: La idea de la infancia.

Al narrar su relación con Benjamin, Adorno reescribe la escena de filiación teórica desde una curiosa escena. Pues no se presenta como un pupilo obediente ante las enseñanzas del maestro, sino como quien se esperanza ante la donación que resulta, por insegura, singularmente prometedora: “*En su cercanía, uno se sentía como el niño en el instante en que se abre una rendija de la habitación navideña y una plenitud de luz llena los ojos de lágrimas, más conmovedora y confirmada de lo que nunca saluda el resplandor cuando es invitado a entrar al cuarto*”¹. Y es precisamente por tal carácter incierto que el discípulo se escindirá de uno de los principales entusiasmos del maestro. A saber, el que Benjamin expresa ante las inanticipables chances que la reproductibilidad técnica genera. Así, el montaje que tal era de la obra de arte

1 W. ADORNO, Theodor, “Introducción a los *Escritos* de Benjamin”, en *Sobre Walter Benjamin*, Cátedra, Madrid, 1995, p. 51.

posibilitaría es cuestionado, por Adorno, por ser tan mimético como infantil². Y, en efecto, desde tales adjetivos podría pensarse el interés benjaminiano por tales técnicas. Lo cual, claro está, exige una distinta consideración de tanto de la mimesis como de la infancia. Este último vocablo ha padecido una injusta desatención en la recepción de Benjamin. Se suele soslayar filosóficamente su interés por tal cuestión, o bien explicarlo por otros motivos. Así, Aguirre vincula su colección de libros infantiles por su dedicación al coleccionismo³. Poco interés podría haber entonces en tales objetos, más allá de una curiosidad algo inmotivada. También para Sarlo la analogía de lo infantil nacería, en Benjamin, por su preocupación por miniatura y el detalle⁴. El recurso a tales objetos provendría entonces por una cuestión antes de tamaño que de contenido. Peor aún será la opinión expresada por Arendt, cuya preocupación por la natalidad no irá acompañada por la lectura del motivo de la infancia en Benjamin. Al contrario, lo leerá como cierto capricho por libros que ni instruirían ni divertirían: “*dado que no se interesaba en la psicología infantil ni en la psiquiatría, estos libros, como muchos otros de sus tesoros, no servían literalmente para nada*”⁵.

Ahora bien, esta última frase, acaso sin saberlo, apunta a lo que Benjamin allí intentó pensar. Lo cual, claro está, implica valorar de otra forma tal inutilidad. Pues precisamente allí reside el particular interés benjaminiano por la infancia. Su teoría de la experiencia, según confiesa, de tal tiempo provendría⁶. Por ello, no parece casual ni su escritura sobre la propia infancia ni la atención a lo pensado sobre la niñez en los autores que le fueron importantes –desde la consideración teológica de Kraus del niño como criatura⁷ hasta las utopías pedagógicas de Fourier y Brecht⁸. Tal insistencia en la figura de la ausencia de

2 WIESENGRUND ADORNO, Theodor, Carta enviada a Walter Benjamin el 18 de Marzo de 1936, en *Ibid*, p.143.

3 AGUIRRE, Jesús, “Walter Benjamin: fantasmagoría y objetividad”, en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1998, p. 13.

4 SARLO, Beatriz, “Verdad de los detalles”, en *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, p. 36.

5 ARENDT, Hanna, “Walter Benjamin, 1892-1940”, en *Walter Benjamin; Bertolt Brecht; Hermann Broch; Rosa Luxemburgo*, Anagrama, Barcelona, 1971, p. 60.

6 Citado en JAY, Martin, *La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*, Taurus, Madrid, 1974, p. 325.

7 BENJAMIN, Walter, “Karl Kraus”, en *Obras. Libro II. Volumen I*, Abada, Madrid, 2007, p. 347.

seriedad resulta bastante seria. Según Buck-Morss, más que en ningún otro pensador moderno. Quizás habría que matizar tal cuestión recordando, además de Nietzsche o Wittgenstein, a Rousseau. Es sabido que este último –y su época– termina por invertir la concepción de la infancia como carencia, imperante en la filosofía clásica⁹. Así, pronto Fichte expresará su fe en tal figura de la potencia: “*en el niño se halla toda la plenitud inocente y abierta de la Humanidad*”¹⁰. Ahora bien, es claro que tal apertura deberá ser encaminada hacia cierta constitución de un sujeto pleno. Pues la infancia mostraría al adulto tanto la ternura de su pasado como la necesidad de su futuro. Para lo cual el presente deberá prepararlos con la pertinente seriedad. En efecto, Hegel recomienda la temprana transmisión escolar del sentimiento de respeto y obediencia¹¹. Sólo así pareciera posible encaminar al niño hacia la interiorización de lo que, durante la infancia, le resulta tan exterior como necesario: “*El niño es también un hombre, pero aún no existe la razón en él; no sabe ni hace nada racional. El niño tiene la aptitud de la razón, pero ella aún no existe para él*”¹². Tal preocupación por la educación es particularmente heredada en los años de la juventud benjaminiana. *Muy tempranamente señala la importancia que tal cuestión habría adquirido en el debate. Pues, según señala, no podría abrirse revista alguna sin encontrar reflexiones sobre las escuelas*¹³. La cual, ciertamente, trascendería toda moda. Al punto que *ya desde los griegos resonaría la pregunta sobre la posible comunidad con mujeres y niños del hombre que desee situarse a la altura de la humanidad*¹⁴.

Para pensar aquello, Benjamin deberá separarse de la concepción moderna de felicidad. Esta última no sería capaz de comprender la inmediatez de la expresión del niño, la cual sólo podría pensar como egocentrismo, ig-

8 BENJAMIN, Walter, “Comentarios a poemas de Brecht”, en *Tentativas sobre Brecht*, Taurus, Madrid, 1975, p. 95.

9 GAGNEBIN, Jeanne Marie, “Infância e pensamento”, en *Sete aulas. Sobre linguagem, memória e história*, Imago, Río de Janeiro, 1997.

10 FICHTE, Johann Gottlieb, *Discursos a la nación alemana*, Tecnos, Madrid, 1988, p. 202.

11 HEGEL, Georg, “Discurso del 14 de Septiembre de 1810”, en *Escritos pedagógicos. Pedagogía*, Ediciones de www.librodot.com, p.24.

12 HEGEL, Georg, *Introducción a la historia de la filosofía*, Madrid, Aguilar, 1981, p. 46.

13 BENJAMIN, Walter, “La Bella Durmiente”, en *Obras. Libro II. Volumen I*, Abada, Madrid, 2007, p. 9.

14 BENJAMIN, Walter, “La vida de los estudiantes”, en *Ibid*, p. 86.

norancia y sentimiento lo que, más bien, sería su lúdica naturaleza¹⁵. En esta, la vida pareciera desplegarse desde una experiencia totalmente distinta a la adultez. En efecto, desconocería la experiencia del pecado propia de una naturaleza triste¹⁶. Aquello no se debería tanto a que el niño poseyera cierta moral positiva. De forma mucho más interesante, su carácter destruiría toda moralización del destino. En efecto, Benjamin considera que el niño carece de toda noción de culpa moral¹⁷. Por tal distancia, cuestiona el interés ilustrado en una educación moralizante, la que no sólo traspasaría al niño una responsabilidad por la que debe hacerse responsable, sino también cierta subjetivación que le resulta igualmente ajena. Pues el aprendizaje del niño no sería experimentado desde cierta individuación en la que se separaría de los restantes sujetos y objetos. Sino que sólo en el seno de la comunidad podría adquirir un nuevo saber¹⁸. Y éste, al ser primeramente un saber del otro, no podría darse a partir del aislamiento del mundo. Por el contrario, en el espacio comunitario el niño experimentaría la sociabilidad como un ámbito que no se separa de su ubicación ante el mundo. Sus formas de relación y aprendizaje se enmarcarían directamente en la singular temporalidad de la infancia, cuyas formas de significación no podría sino estar mediadas por cierta dimensión lúdica: “*Comer, dormir, vestirse, lavarse, tienen que inculcarse al pequeño en forma de juego, con versitos que marcan el ritmo*”¹⁹. No existiría entonces, en el niño, diferencia entre experiencia y formación de hábitos. Contra la distinción adulta entre juego y disciplina, el niño aprendería desde la experiencia lúdica de la reiteración, análoga a la de

15 BENJAMIN, Walter, “La felicidad del hombre antiguo”, en *Ibid*, p. 131.

16 Es claro que varias de las ideas respectivas, así como las que luego se expondrán sobre filosofía de la historia, podrían ser pensadas desde una lectura más extensa de Benjamin, cuyas recurrentes preocupaciones aquí se tocan sin mayor profundidad. Hemos intentado hacer aquello, por cierto, en otros textos. Por motivos de espacio, optamos aquí por dejar implícitas cuestiones que no podrían darse por satisfechas con la mera indicación a uno u otro texto. Asumimos también, autocríticamente, que lo dicho sobre el juego habría, en un texto más extenso, de contrastarse con lo que otros pensadores han pensado al respecto.

17 BENJAMIN, Walter, ““Las afinidades electivas” de Goethe”, en *Obras. Libro I, Volumen I*, Abada, Madrid, 2007, p. 141.

18 BENJAMIN, Walter, “La enseñanza de la moral”, en *Obras. Libro II. Volumen I*, Abada, Madrid, 2007, p. 52.

19 BENJAMIN, Walter, “Juguetes y juego (1928). Comentarios sobre una obra monumental”, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 94.

una habituación en la que no separa emoción y hábito. Desde tal cotidianidad se expresaría la infinita creatividad infantil, incomparable a la de toda otra criatura²⁰. Como si fuese creado, imprecisamente, para crear a partir de su infinita recreación.

La indeterminable creatividad del niño nacería, para Benjamin, por la particular relación que traza con los objetos. Sin importar el tipo o calidad del objeto, le brindaría una inusitada atención, otorgándole un uso sin valor alguno. Ni siquiera el residuo se salvaría de tal salvación, posibilitada por el nuevo uso que el niño le otorgaría²¹. El cual, claro está, poco tendría de reverencia ante su pasado monumental, o de desdén ante su nimiedad. Pues su goce tendría que ver con la actividad del jugar, sin importar así el resultado al cual se pueda llegar. Hasta el más banal objeto se hallaría, para el niño, dotado de un prodigioso encanto²². La posibilidad de rescatar ciertas prácticas es posibilitada por la ausencia de seriedad que permite destronar las que habrían de imponerse como regla en su mundo. En efecto, Benjamin indica que muchos de los actuales juguetes habrían sido, originalmente, antiguas formas de imposición que los niños habrían transformado²³. La posibilidad del mando hallaría su límite, entonces, ante tan inocente imaginación. Y es que el mundo del niño gozaría entonces de cierta autonomía ante los tristes regímenes de sentido que el adulto buscaría imprimirle. No se trataría, claro está, de la soberanía de instalar un nuevo significado. Sino, mucho más cruelmente, de la imposibilidad de tal soberanía del sentido. De ahí que la psicología moderna poco pueda comprender sobre el uso del juguete. Al pensar su tiempo y espacio como una analogía en miniatura al mundo de los adultos, tal ciencia desconocería que la imitación que el niño realiza sólo sería fiel a su propia alegría, desde cierta incierta retirada del referente²⁴.

20 BENJAMIN, Walter “Programa de un teatro infantil proletario”, en *Ibid*, p. 104.

21 BENJAMIN, Walter, *Dirección única*, Alfaguara, Madrid, 2005, p. 25.

22 IBARLUCÍA, Ricardo, *Onirokitsch. Walter Benjamin y el surrealismo*, Manantial, Buenos Aires, 1998, p. 44.

23 BENJAMIN, Walter, “Juguetes y juego (1928). Comentarios sobre una obra monumental”, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 91.

24 No deja de ser interesante que, décadas después, también Roland Barthes cuestiona que los juguetes franceses repliquen el mundo adulto y su incapacidad de asombro: “*El adulto francés ve al niño como otro igual a sí mismo y no hay mejor ejemplo de esto que el juguete francés. Los juguetes habituales son esencialmente un microcosmos adulto; todos constituyen reproducciones reducidas de objetos humanos, como si el*

Pues el juguete poco se relacionaría con la supuesta realidad minimizada. En tal sentido, los niños trazarían una mimesis que poco respeto tendría respecto a lo imitado, a partir de una inadecuación no se traduce, en Benjamin, en un error por corregir. Al contrario, la experiencia del niño organizaría creativamente la percepción desde tal inventiva²⁵. Incluso cuando el objeto parece inmutable, la realidad que se le otorgaría sería huidiza. Pues la permanencia de la materialidad del juguete no impide la diferencia del juego. A diferencia del adulto, el niño estaría siempre presto a experimentar cierta novedad²⁶. De ahí que pueda emerger, ante lo mismo, una imaginación inanticipable. Ni siquiera la estabilidad de las distinciones entre sujetos u objetos, entre lo animado y lo inanimado sería respetada por tal desestabilización del sentido²⁷. En el juego, lo que se juega podría alterarse hasta devenir cualquier cosa. De ahí que, en Kraus, el niño posea algo de monstruoso²⁸. Llevada hasta su límite, la humanidad de quien juega y su juguete se desdibujaría. Pues el niño podría, en el tiempo y espacio del juego, ser todo: “*Los juegos infantiles están llenos, en efecto, de comportamientos miméticos, y su ámbito no se limita en absoluto a lo que una persona imita de otra. Y es que el niño no juega solamente a ser un maestro o un vendedor, sino también a ser un ferrocarril o un molino de viento*”²⁹.

Es claro que tal destrucción alcanza la posible identidad del niño. Al actuar, no alcanzaría a ser personaje alguno, sino sólo el transcurrir por ellos. Por ello, Benjamin señala que no perseguiría la perpetuidad del producto, sino el singular momento del gesto³⁰. Así, el exceso de vida del infante se traspasaría a un mundo vitalizado desde una indeterminación que

niño, a los ojos del público, sólo fuese un hombre más pequeño, un homúnculo al que se debe proveer de objetos de su tamaño”. Cfr. “Juguetes”, en *Mitologías*, Siglo veintiuno, Madrid, 1999, p.35.

25 BRATU-HANSEN, Myriam, “Room-for-Play: Benjamin’s Gamble with Cinema”, en *October*, Vol. 109, Verano del 2004, p. 20.

26 BENJAMIN, Walter, *El libro de los pasajes*, K 1 A, 3.

27 LEHMANN, Hans-Thies, “Remarques sur l’idée d’ enfance dans le pensée du Walter Benjamin”, en Wismann, Heinz (Editor), *Walter Benjamin et Paris*, CERF, París, 2007, pp. 77-78.

28 BENJAMIN, Walter, “Karl Kraus”, en *Obras. Libro II. Volumen I*, Abada, Madrid, 2007, p. 376.

29 BENJAMIN, Walter, “Doctrina de lo semejante”, en *Ibid*, p. 208.

30 BENJAMIN, Walter “Programa de un teatro infantil proletario”, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 105.

parece previa a toda identidad. Allí se expresaría el carácter destructivo que precede a la subjetivación de la pedagogía moderna³¹. Mientras ésta buscaría forjar cierta identidad capaz de proyectarse operativamente, la concepción benjaminiana del carácter resaltaría, precisamente, la inoperosidad de una singularidad incapaz de ser planificada. Su práctica –incluyendo la que aquí nos interesa, la lúdica– ningún rédito generarían. Desde allí Agamben lo contrapone la lógica capitalista del consumo. En esta última, se establecería cierta distancia cooptaría al medio en cierto rendimiento económico. La mediación consumista del consumo haría que el objeto no se agote en el instante del juego. Por el contrario, las divagaciones del niño en el sentido valorarían desde una estructura tan distinta a lo comercial que lo caro podría ser lo menos valioso, y viceversa: “*Los niños, que juegan con cualquier trasto viejo que encuentran, transforman en juguete aun aquello que pertenece a la esfera de la economía, de la guerra, del derecho y de las otras actividades que estamos acostumbrados a considerar como serias*”³². En tal sentido, el juego infantil restaría al objeto de la progresista dinámica de su catalogación y ulterior olvido, alterando la estructura económica del valores a partir de la utilidad del sujeto, y rescatando del olvido lo que el mercado consideraría un desecho –en una operación, huelga decirlo, muy distinta a la patrimonialización que reintroduce lo desechado como valor. Por ello, la fragilidad del sentido en el juego no impide la creencia del niño en la realidad que le ha atribuido al objeto. De ahí la curiosa consideración benjaminiana del niño como coleccionista³³. Pues la arbitrariedad infantil no se piensa desde cierto capricho. Al contrario, precisamente por su constitutiva inestabilidad es que requiere del infinito cuidado a un objeto que exige la imposible fidelidad a un momento sin prolongación y el cuidado que tal precariedad impone, el que ya no se jugaría en mantener su presencia como tal, sino en transformarla plásticamente para poder conservándolo de otra forma.

En tal sentido, allí se cifraría una temporalidad cuya exigencia interrumpiría la continuidad del presente. Pues no podría integrarse a lo dado,

31 GALENDE, Federico, *Walter Benjamin y la destrucción*, Santiago, Metales Pesados, 2009, p. 14.

32 AGAMBEN, Giorgio, “Elogio de la profanación”, *Profanaciones*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2005, p. 100.

33 BENJAMIN, Walter, *El libro de los pasajes*, H4 a 2.

dada la resistencia que ejerce en nombre de una justicia que excedería todo orden de presencias, a partir de la cual el niño decide sin certeza ni consistencia. Residiría allí cierta promesa, de efectos tan destructivos como liberadores³⁴, lo que exige, en términos benjaminianos, ser interpretado en términos de filosofía de la historia, a partir de una relación singularmente compleja en Benjamin. Buck-Morrs, en efecto, señala que parece no haberlo clarificado³⁵. Antes bien, parece haber recurrido a ella como imagen de un pasado remoto. Así, según la comentarista estadounidense, desde la posición del niño toda la historia pasaría a ser legible desde una temporalidad mítica³⁶. El último concepto, sin embargo, parece algo equívoco. Pues el niño expresaría, según intentamos argumentar, la chance de un retorno del objeto liberado de toda imposición del destino. Allí residiría una reserva inagotable de uso, al margen de toda dialéctica. Gagnebin lee, por ello, cierta posibilidad en tal reflexión benjaminiana del rescate de lo inactualizado desde una relectura crítica de la adultez. Aquello permite pensar una distinta imaginación desde una experiencia del mundo que no arranca de la soberanía del adulto y su voluntad de orden y consumo³⁷. El niño no determinaría el mundo ni se dejaría determinar por él, sino que indicaría la chance de una vida distinta. Al punto que en un texto particularmente cifrado por la estrategia de la negatividad se utilice su figura para indicar el imposible nombre de la comprensión de la alegría tan prometida como denegada desde la facticidad moderna. Así, la comprensión infantil del idioma de los pájaros sería el modelo de la comprensión del esperanto en el mundo mesiáni-

34 BRATU HANSEN, *Op. Cit.*, p. 331

35 BUCK-MORSS, Susan, "El *flaneur*, el hombre-sandwich y la puta: las políticas del vagabundeo", en *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, Interzona, Buenos Aires, 2005, p.159 El breve abordaje aquí sugerido desde cierta filosofía de la historia bien podría ser complementado por una extensión más larga sobre la estética de la infancia como experiencia de crítica a la figura. Desde allí, muy sugerentemente, Menninghaus propone una lectura del color infantil como crítica de lo bello desde lo sublime, en tanto apariencia incapaz de unificar apariencia o figura alguna. Cfr. MENNINGHAUS, Wilfried, "Lo inexpressivo. Las variaciones de la ausencia de imagen en Walter Benjamin", en Massuch, Gabriela & Fehrmann, Silvia (Editoras), *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*, Alianza/Goethe Institut Buenos Aires, Buenos Aires, 1993, p. 54.

36 BUCK-MORSS, Susan, "El libro de los pasajes de Benjamin: redimiendo la cultura de masas para la revolución", en *Ibid*, p. 87.

37 GAGNEBIN, *Op. Cit.*, pp.181-182.

co³⁸. Además del carácter infantil del oyente, es importante resaltar la figura del pájaro en tal imagen. Por un lado, porque su son difícilmente podría determinarse, requiriendo así de cierta imaginación que no se ejerce contra la comprensión de lo dicho, sino precisamente en su nombre. Por otro, por la referencia allí existente a lo animal. Tal relación permite pensar en una naturaleza reconciliada, capaz de expresarse y ser comprendida desde la alegría cotidiana. La figura del niño, por ello, permitiría pensar la justicia sin tristeza alguna. En efecto, representaría nada menos que el paraíso³⁹.

Cualquier conocedor de la obra de Benjamin no podrá sino sorprenderse ante lo infrecuente que resulta, en su obra, cierta metáfora de la justicia. Su uso, en este caso, no refiere a cierta teología que se ausente del mundo. Sino a una vida cuya ausencia de culpa transforme, inmediatamente, el tiempo y espacio habitado, lo cual obliga a pensar más tensamente la modulación de la religiosidad en la política benjaminiana. Pues la alegría del niño sería la de hacer del presente tal paraíso desde la imaginación que acarrea una diferencia incontenible en cualquiera de las posibilidades del objeto sometido a la estructura de la mercancía. Lo que no requiere pensar objetos que pudieran aspirar a sustraerse, de antemano, a la estructura capitalista de la ganancia. Antes bien, se trataría de una distinta forma de re-crear desde aquellas mercancías, al margen de toda lógica del cálculo, capaz de representar allí lo que excede la estructura de la mercancía. Toda presencia ingresaría en tal promesa de una nueva articulación. Así, Benjamin recuerda que los niños hacen señas a los ángeles, y también al tren que pasa⁴⁰. El doble carácter utópico y destructivo de aquel gesto permite pensar una temporalidad distinta a la de la alternativa excluyente entre técnica y redención, y pensar la redención en el seno de la técnica pensada en un uso sin fin. Desde allí, Didi-Huberman aspirará a pensar nada menos que la posibilidad del historiador revolucionario. Al extraer al objeto de su triste destino para incluirlo en una nueva posibilidad, podría pensarse el anacronismo de una imagen que ni vuelve ni deja de volver: *“El historiador, según Benjamin, es un niño que juega con jirones del tiempo. Un niño que juega y que, con método, inventa las condiciones de su saber, de su historia. ¿Qué clase de*

38 BENJAMIN, Walter, “Apuntes sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*, LOM, Santiago, 2000 p. 86.

39 *Ibid*, p. 93.

40 BENJAMIN, Walter, *El libro de los pasajes*, G' 25.

*condiciones? El montón de trapos aparece aquí como un medio material pero también como un medio psíquico. El niño revuelve, cuenta y descifra sus trapos. También se duerme sobre ellos, sueña y despierta ante nuevos desciframientos*⁴¹.

Así, desde la apropiación de la materialidad emerge, en el niño, la promesa de su justa trascendencia. La inmanencia de tal escena ha sido pensada, por Agamben, como trascendental que abre la historia⁴². Pues precisamente por la distancia entre la universal originalidad preparlante y su contingente actualización es que podría pensarse otra singularidad posible desde la cual articular lo viviente. En la diferencia entre la infancia y la venida al lenguaje emergería la necesidad de la significación como construcción de un mundo cuya estabilidad la infancia amenazaría, permitiendo un nuevo recomienzo. En tal sentido, la infancia resultaría la realidad inefable a la que se retornaría mediante la experiencia⁴³. En ella, retornaría la chance de una felicidad que el niño jamás daría perdida. Y, por tal obstinación, de una novedad que el niño enuncia desde la inocencia que revela la más radical destrucción de la soberanía en nombre de una historia cepillada por la frágil y alegre mano del infante: “*Verdaderamente revolucionaria es la señal secreta de lo venidero que se revela en el gesto infantil*”⁴⁴. En tal sentido, el niño no sería metáfora de la inocencia eternamente perdida, sino la indicación de la posibilidad de un por venir alegre. Pues sólo allí pareciera ser posible articular, desde una infinita inventiva, el rescate de lo desechado

41 DIDI-HUBERMAN, Georges, “La imagen malicia. Historia del arte y rompecabezas del tiempo”, en *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2005, p. 146.

42 Desde la importancia filosófica de tal consideración habría que pensar, por cierto, el carácter binario de muchas de las tensiones que hemos intentado exponer desde cierta fidelidad a lo pensado por Benjamin, más allá de las posiciones que podamos tener al respecto. Más interesante quizás sería pensar la infancia desde una menor pureza –o, más estrictamente, menos cristianamente. Para ello, por cierto, resulta necesaria la lectura del texto de Aries que no hemos querido introducir en la discusión, precisamente porque exigiría llevarla hacia cuestiones que sobrepasarían, por mucho, este breve texto. Cfr. ARIES, Philippe, *El niño y la familia en el antiguo régimen*, Taurus, Madrid, 1987.

43 AGAMBEN, Giorgio, “Infancia e historia. Ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, en *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2003, p. 74.

44 BENJAMIN, Walter, “Programa de un teatro infantil proletario”, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 106.

y el anuncio de lo nuevo. La figura del niño permite a Benjamin, por tanto, imaginar una experiencia distinta de la humanidad sin sujeto ni propiedad, sino que situada en formas de compartir y recrear que, al alterarse infinitamente, no sólo resignifican al mundo sino también allí se inserta a través de las singulares dinámicas del juego. Y si ninguna de aquellas dimensiones puede ser pensada conclusivamente, no lo es tanto por la ausencia de presencia para ello sino porque sus prácticas no podrían determinarse en el mundo que abre desde sus profanas experimentaciones e ilusiones. Lo cual no requiere de una existencia en la que todos sean niños, pero sí el resguardo de la infantilidad como condición de posibilidad del hombre dispuesto a su alegre indeterminación. Esto es, quien afirma a la felicidad desde el infinito juego de un carácter cuya renuencia a todo destino indetermina su forma, trazando allí su fidelidad a la justa chance de la experiencia: “*Un hombre es un hombre, lo cual no significa fidelidad a la propia naturaleza, sino disposición a acoger en sí una nueva*”⁴⁵.

45 BENJAMIN, Walter, “¿Qué es el teatro épico? (Primera versión). Un estudio sobre Brecht”, en *Tentativas sobre Brecht*, Taurus, Madrid, 1975, p. 25.